

mujer? Parece que sí. ¡Infame! Mañana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue. Ese será un horrible crimen, pero un crimen justo. Bien está; que mancille, que pise, que escupa la honra de ese desgraciado que probablemente la adora.

Es una traición; es una villanía. Pero, al fin, ese hombre puede matarla, sin que nadie le culpe ni le condene. Puede mandar á sus criados que la arrojen á latigazos, y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos—¡pobres séres indefensos!—nada pueden. La madre los abandona para ir á traerles su porción de vergüenza y deshonra. Los vende por un puñado de placeres, como Judas á Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen, sonríen, todo lo ignoran; están abandonados á manos mercenarias; van empezando á desamorarse de la madre, que no los ve, ni los educa, ni los mima. Mañana esos chicuelos serán hombres, y esas niñas, mujeres. Ellos sabrán que su madre fué una aventurera y sentirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero los hombres, que creen en la tradición del pecado y en el heredismo, las buscarán para perderlas y no querrán darles su nombre, por miedo de que lo prostituyan y lo afrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en busca de su esposo y traerle á este sitio. Ya adivino cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro, sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos grandes lunas en los muros; pero tu amante, más delicado que tú, las quitó. Un espejo es un juez y es un testigo. La mujer que recibe á su amante, viéndose al espejo, es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien; cuando tú estés en esa tibia alcoba y tu amante caliente con sus manos tus plantas entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entraremos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras detengo yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

.

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente habíamos llegado á la plazuela de Loreto, y mi vecina se apeó del vagón. Yo ví su traje; no tenía ninguna mancha de sangre. Nada había pasado: después de todo, ¿qué me importa que esta señora se la pegue á su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos somos casi amigos. Ya la saludo.

Allí está el coche; ella entra en la iglesia; ¡qué tranquilo debe de estar su marido! Yo sigo en el vagón. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

LA VENGANZA DE MYLORD.

Á MEME.

Bien haces en permanecer, oculta allá, bajo los grandes castaños que sombrean tu casa, á ochenta leguas de los dramas que con alevosía y ventaja nos hace oír el Sr. Gaspar, á quien ni tú ni yo conocemos; sí, haces bien. La ciudad está triste, no porque tú la hayas dejado, como probablemente te diría tu novio; la ciudad está triste porque no puede menos de estarlo, sin bailes, ni tertulias, ni espectáculos. Tú, en cambio, respiras el aire libre de los campos, bebes luz por todos tus poros, galopas á caballo por aquellas sombras avenidas, que adrede dispuso Dios para los enamorados, y dejas que tu pensamiento discorra por los países del sueño, mientras aquí pensamos en construir ferrocarriles y en tender una red de alambres telefónicos en el dominio de las lechuzas y los gatos. Cuando la tarde se recoge y comienzan á asomarse las estrellas—como se asoman las mujeres al balcón para mirar á sus enamorados—tú buscas la quietud alegre de la casa, abres las cartas de tus amigas, rompes la faja amarilla de los periódicos, asistes mentalmente á nuestros teatros, y rendida por el cansancio, vas al tibio lecho, llevando oculto, en la pequeña bolsa de tu delantal, el pliego diminuto que no lees jamás delante de tus padres, y que abres cuidadosamente luego que corres el cerrojo de la alcoba, como si sospecharas que, al abrirlo, pueden escaparse los mil besos que tu novio te manda bajo el sobre. Haces bien: oye el concierto de los pájaros, báñate en las azules ondas del estanque, monta el caballo blanco que come en tu mano terrones de azúcar, y lee, sentada en la banqueta del jardín, los libros que te envió: una novela de Halévy, los versos de Coppée y la última narración de Rosa Broughton. Sobre todo, no leas nada de Doña María del Pilar Sinués de Marco.

Quando pasen las lluvias de Septiembre y el cielo se vista de

azul pálido, despídete del bosque, cuyos grandes árboles se irán quedando sin follaje; guarda en tu devocionario las hojas del último heliotropo para dárselas á tu novio, y vuelve á casa. Ya habrán pasado entonces los chubascos y los discursos oficiales. Nadie te narrará los episodios dramáticos de la Independencia; podrás lucir tus diez y seis sombreros nuevos en las fiestas de Noviembre, y Grau—el judío errante—estará á las puertas de México. Interin, monta mucho á caballo, caza con la escopeta que te dió tu padrino el año nuevo, almuerza al aire libre, duerme once horas diarias y no leas las novelas de Doña María del Pilar Sinués de Marco.

Te escribo á la hora en que la luz eléctrica se apaga y oyendo el ruido de los últimos carruajes que vuelven del teatro. He tomado café—un café servido por la pequeña mano de una señorita que, á pesar de ser bella, tiene *sprit*.—Por consiguiente, voy á pasar la noche en vela. El nuevo drama del señor Gaspar, á quien ni tú ni yo conocemos, no ha sido bastante para hacerme conciliar el sueño. Imagínome, pues, que he ido á un baile, te he encontrado y conversamos ambos bajo las anchas hojas de una planta exótica, mientras toca la orquesta un vals de Mètra y van los caballeros al *buffet*.

Si tú quieres, murmuremos. Voy á hablarte de las mujeres que acabo de admirar en el teatro. Imagínate que estás ahora en tu platea y observas á través de mis anteojos.

Mira á Clara. Esa es la mujer que no ha amado jamás. Tiene ojos tan profundos y tan negros como el abra de una montaña en noche oscura. Allí se han perdido muchas almas. De esa obscuridad salen gemidos y sollozos, como de la barranca en que se precipitaron fatalmente los caballeros del Apocalipsis. Muchos se han detenido ante la obscuridad de aquellos ojos, esperando la repentina irradiación de un astro: quisieron sondear la noche, y se perdieron.

Las aves al pasar le dicen: ¿No amas? Amar es tener alas. Las flores que pisa le preguntan: ¿No amas? Amor es el perfume de las almas. Y ella pasa indiferente, viendo con sus pupilas de acero negro, frías é impenetrables, las alas del pájaro, el cáliz de la flor y el corazón de los poetas.

Viene de las heladas profundidades de la noche. Su alma es como un cielo sin tempestades, pero también sin estrellas. Los que se le acercan, sienten el frío que difunde en torno suyo una estatua de nieve. Su corazón es frío como una moneda de oro en día de invierno.

¿Quién es la esbelta rubia que sonríe en aquel palco? Es un patrón de modas recortado. Por esa frente no han pasado nunca las alas blancas de los pensamientos buenos, ni las alas negras de los pensamientos malos. Sus amores duran lo que la hirviente espuma del champagne en la orilla de la copa. Jamás permitiría que un hombre la ciñera con sus brazos: no quiere que se ajen y des-arreglen sus listones. ¿Quieres saber cómo es su alma? Figúrate una muñeca hecha de encaje blanco, con plumas de faisán en la cabeza y ojos de diamante. Cuando habla, su voz suena como la crujiendo falda de una túnica de raso, rozando los peldaños marmóreos de una escalinata. No sabe dónde tiene el corazón. Jamás se lo pregunta su modista.

Esa grave matrona expende esposas. Tiene mucha existencia.

Convierte ahora tus miradas á la platea que está frente á nosotros. Una mujer, divinamente hermosa, la ocupa.

¿Quién es? Sus grandes ojos verdes, velados por larguísimas pestañas negras, tiemblan de efusión cuando se fijan en el cielo, como si estuvieran enamorados de los luceros. Sus manos esgrimen el abanico como si quisieran adiestrarse en la esgrima del puñal. Créelo: esa mujer es capaz de matar al hombre que la engañe. Sus labios se entreabren suavemente para dar salida al exceso que hay en ella.

Tras las varillas flexibles del corsé, su corazón late cadenciosamente; ¡pobre niño que golpea con su manecita una muralla!

¿Cuántos años tiene? Ha cumplido veinticinco; no sé cuántas semanas, meses ó años hace. Siendo niña, una pordiosera que acostumbraba decir la buenaventura, le predijo que el hombre á quien amara sería espantosamente desgraciado. Su marido—un banquero—es muy feliz. Alicia—así se llama—está rodeada siempre de cortejos presuntuosos y enamorados fatuos. Cuando va de paseo, diríase que es un general pasando revista á sus soldados, que presentan las armas. Ella, sonriente, gozando en las pasiones que inspira sin participar de ellas, asoma su cabeza de Gioconda por la portezuela del cupé y saluda con la mano enguantada ó con el abanico, á los platónicos adoradores de su cuerpo. El hombre á quien saluda con los ojos, no es conocido aún.

¿Sera honrada? ¿Será honesta? Las mujeres la miran con desprecio, y los hombres la cortejan. Nadie podría decir quién es su amante ó quién lo ha sido; pero todos tienen la certidumbre de que alguno lo será. La lotería no se hace aún: el número que ha de obtener el gran premio, duerme en el globo, confundido con los otros: puede ser el de aquél, puede ser el mío, pero es alguno. La jaula está preparada para el pájaro: en la mesita de sándalo donde Alicia toma el té, hay dos tazas. Un necio diría que alguna es la taza del amante. ¡Falso! Es la taza del marido. Cuando el amante llegue, —Alicia y él beberán en la misma taza. como Paolo y Francesca leían en el mismo libro. Después la harán pedazos ó la arrojarán al mar—como el rey de Thulé!

El Galeoto social no yerra tan á menudo como algunos creen. Lo que sucede es que se anticipa á la verdad. Es como las mujeres que conocen el amor que han inspirado, media hora antes de que el hombre se dé cuenta de que existe. Un buque sale del puerto lleno de mercancías y pasajeros: el cielo está muy azul, sin un solo punto negro. Pasan los días y las semanas, sin que llegue á los oídos de nadie la noticia de un temporal ó de una borrasca. Y sin embargo, cierto día, sin que se sepa cómo ni por qué, se esparce la voz de que aquel barco ha naufragado. ¿Quién lo dice? Todos. ¿Quién recibió la fatal nueva? Nadie. Quince días después, se sabe la espantosa verdad, y los periódicos refieren, pormenor, los horribles detalles del naufragio.

Una mujer es fiel á su marido. Nadie puede acusarla de adulterio. Vive, como Penélope, en su hogar. Desecha con altivez á los que solicitan su cariño. Pero el Galeoto, que mira y prevé todo, murmura entre dos cuadrillas, bajo las anchas hojas de una planta exótica erguida sobre rico tabor chino: ¡esa mujer tiene un amante! Y no es verdad; pero un día, una semana, un año después, la mujer tiene un amante. El Galeoto se equivoca nada más en la conjugación del verbo: debía haber dicho: *tendrá*.

Y la esposa no falta á su deber, porque el mundo lo dice; como el barco no perece porque la gente vaticina el naufragio. Así, el mundo dice que Alicia es desleal, y en torno de ella se agrupan los cazadores en vedado, como los náufragos hambrientos en la balsa de la Medusa. Pero Alicia no ama á ninguno: guarda su tesoro y no quiere despilfarrarlo como pródiga.

Mas hé aquí que una noche llega al salón de Alicia un joven soñador, y le dice al oído:

—¡Cómo se parece usted á mi primera novia! Ella era baja de estatura: usted es alta; ella era morena: usted es rubia; ella tenía los ojos negros: los de usted son verdes; pero yo la amaba: yo amo á usted, y en ésto se parecen.

Dos horas después, Alfredo era amante de Alicia. El huésped prometido había llegado. El banquero continuaba siendo muy feliz.

Ayer, mientras el marido terminaba su correspondencia, Alicia salió en el cupecito azul tirado por dos yeguas color de ámbar. Los pocos ociosos que desafiaban la lluvia en la calzada, vieron que el *cupecito* proseguía su marcha rumbo á Chapultepec. ¿Qué iba á hacer? Los grandes ahuehuetes, moviendo sus cabezas canas, se decían en voz baja el secreto. Las yeguas trotaban, y el coche se perdió en la avenida más umbrosa y más recóndita del bosque. Alfredo abrió la portezuela y tomó asiento junto á la hermosa codiciada. Llovía mucho. Quizá para impedir que el agua entrase, mojado el traje de Alicia, cerró Alfredo cuidadosamente las persianas. Si alguno erraba á tales horas por el bosque, pudo decir para sus adentros: ¿quiénes irán dentro del *cupé*? Afortunadamente, cada vez arreciaba más la lluvia, y sólo un pobre trabajador, oculto en la entrada oscura de la gruta, pudo ver el *cupé* que continuaba paso á paso su camino, subiendo por la rampa del castillo. Las ancas de las yeguas, lavadas y bruñidas por la lluvia, parecían de seda color de oro.

El trabajador, dejando á un lado los costales que rebotaban hebras de heno, asomó la cabeza para mirar cómo subía el carruaje hasta las rejas del castillo. Allí se detuvo: los amantes se apearon y torcieron sus pasos rumbo á los corredores, mudos y desiertos. Un hombre, cuidadosamente recatado, había subido al propio tiempo. Luego que hubo llegado al sitio en donde quedaba el *cupé* vacío, bajó el embozo de su capa é hizo una señal imperativa al cochero, que, viendo el rostro del desconocido, se puso pálido como la cera. Bajó luego del pescante, y tras cortísimas palabras que mediaron entre ambos, se quitó el carrick, para que con él se ocultara el recién llegado. Media hora después, los amantes salieron del castillo; subieron al carruaje nuevamente, y Alicia, sacando su cabeza rubia por la portezuela, dijo: ¡á casa! Las yeguas partieron á galope, pero..... ¿á dónde iban? Torciendo el rumbo, el cochero encaminaba el carruaje al abismo, como si en vez de bajar por la inclinada rampa, quisiera precipitarse desde lo alto del cerro. Los amantes, que habían vuelto á cerrar las persianas, nada veían. ¿A dónde iban? De pronto las yeguas se detuvieron, como si alguna mano de gigante las hubiera agarrado por los cascos. Relinchando miraban el abismo que se abría á sus plantas. Las persianas del *cupé* seguían cerradas. El cochero, de pie en el pescante, azotó las yeguas; el coche se columpió un momento en el vacío y fué á estrellarse, hecho pedazos, en la tierra. No se escuchó ni un grito, ni una queja. A veinte varas de distancia, se halló el cadáver del cochero. Era el marido de Alicia.

En este instante suena la campanilla, y ese agudo són me vuelve á la realidad. No; no es Alicia la que miro en aquel palco. Alicia duerme ya en el camposanto. Es una mujer que se le parece mucho y que morirá tan desastrosamente como ella. ¡Dios confunda á los maldicientes! Gaspar tiene muchísima razón. La lengua mata más que los puñales. ¡Cómo se moraliza uno viendo estas comedias!

Con que te he dicho ya que esa señora

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

Á GONZALO ESTEVA Y CUEVAS.

Pocas mañanas hay tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, «como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana;» llovió anoche, y todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, y se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca y el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto y la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, y los niños del pueblo hunden su cara en la gran palangana de metal. ¡Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia y jabones perfumados! yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierve grasa humana; quisiera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos y los rizos húmedos! Allí eres virgen: cuando llegas á la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undívago cabello se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corderos en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, y vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituído, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus immaculados azahares y empapa sus cabellos en el vino! ¡No, mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo: allí donde se miran tus azules ojitos y tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada colina poco á poco; llamas á la puerta ó entornas sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbre el interior, y todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza y los corazones el amor. ¿No eres amorosa? ¿No eres muy rica? ¿No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los

que padecen, se levantan vueltos á la vida; y la dorada luz de tus cabellos siembra de lentejuelas y monedas de oro el verde obscuro de los campos, el fondo de los ríos y la pequeña mesa de madera pobre en que se desayunan los humildes, bebiendo un tarro de espumosa leche, mientras la vaca muge en el establo. ¡Ah! Yo quisiera mirarte así cuando eres virgen, y besar las mejillas de Niñón.....¡sus mejillas de sonrosado terciopelo y sus hombros de raso blanco!

* **

Cuando llegas, ¡oh mañanita de San Juan! recuerdo una vieja historia que tú sabes y que ni tú ni yo podemos olvidar. ¿Te acuerdas? La hacienda en que yo estaba por aquellos días, era muy grande; con muchas fanegas de tierra sembradas é incontables cabezas de ganado. Allí está el caserón, precedido de un patio con su fuente en medio. Allí está la capilla. Lejos, bajo las ramas colgantes de los grandes sauces, está la presa en que van á abrevarse los rebaños. Vista desde una altura y á distancia, se diría que la presa es la enorme pupila azul de algún gigante, tendido á la bartola sobre el césped. ¡Y qué honda es la presa! ¡Tú lo sabes.....!

Gabriel y Carlos jugaban comunmente en el jardín. —Gabriel tenía seis años; Carlos, siete. Pero un día, la madre de Gabriel y de Carlos cayó en cama, y no hubo quien vigilara sus alegres correrías. Era el día de San Juan. Cuando empezaba á declinar la tarde, Gabriel dijo á Carlos:

—Mira, mamá duerme y ya hemos roto nuestros fusiles. Vamos á la presa. Si mamá nos riñe, la diremos que estábamos jugando en el jardín. Carlos, que era el mayor, tuvo algunos escrúpulos ligeros. Pero el delito no era tan enorme, y además, los dos sabían que la presa estaba adornada con grandes cañaverales y ramos de zempazúchil. ¡Era día de San Juan!

—¡Vamos!—le dijo—llevaremos un *Monitor* para hacer barcos de papel y les cortaremos las alas á las moscas para que sirvan de marineros.

Y Carlos y Gabriel salieron muy quedito para no despertar á su mamá, que estaba enferma. Como era día de fiesta, el campo estaba solo. Los peones y trabajadores dormían la siesta en sus cabañas. Gabriel y Carlos no pasaron por la tienda, para no ser vistos, y corrieron á todo escape por el campo. Muy en breve llegaron á la presa. No había nadie: ni un peón, ni una oveja. Carlos cortó en pedazos el *Monitor* é hizo dos barcos, tan grandes como los navíos de Guatemala. Las pobres moscas que iban sin alas y cautivas en una caja de obleas, tripularon humildemente las em-

barcaciones. Por desgracia, la víspera habían limpiado la presa, y estaba el agua un poco baja. Gabriel no la alcanzaba con sus manos. Carlos, que era el mayor, le dijo:

—Déjame á mí que soy más grande. Pero Carlos tampoco la alcanzaba. Trepó entonces sobre el pretil de piedra, levantando las plantas de la tierra; alargó el brazo é iba á tocar el agua y á dejar en ella el barco, cuando, perdiendo el equilibrio, cayó al tranquilo seno de las ondas. Gabriel lanzó un agudo grito. Rompiéndose las uñas con las piedras, rasgándose la ropa, á viva fuerza, logró también encaramarse sobre la cornisa, tendiendo casi todo el busto sobre el agua. Las ondas se agitaban todavía. Adentro estaba Carlos. De súbito, aparece en la superficie, con la cara amoratada, arrojando agua por la nariz y por la boca.

—¡Hermano! ¡hérmanno!

—¡Ven acá! ¡ven acá! No quiero que te mueras.

Nadie oía. Los niños pedían socorro, estremeciendo el aire con sus gritos; no acudía ninguno. Gabriel se inclinaba cada vez más sobre las aguas y tendía las manos.

—Acércate, hermanito, yo te estiro.

Carlos quería nadar y aproximarse al muro de la presa; pero ya le faltaban las fuerzas, ya se hundía. De pronto, se movieron las ondas y asió Carlos una rama, y apoyado en ella logró ponerse junto al pretil y alzó una mano: Gabriel la apretó con las manitas suyas, y quiso el pobre niño levantar por los aires á su hermano que había sacado medio cuerpo de las aguas y se agarraba á las salientes piedras de la presa. Gabriel estaba rojo y sus manos sudaban, apretando la blanca manecita del hermano.

—¡Si no puedo sacarte! ¡Si no puedo!

Y Carlos volvía á hundirse, y con sus ojos negros muy abiertos le pedía socorro.

—¡No seas malo! ¿Qué te he hecho? Te daré mis cajitas de soldados y el molino de marmaja que te gustan tanto. ¡Sácame de aquí!

Gabriel lloraba nerviosamente, y estirando más el cuerpo de su hermanito moribundo, le decía:

—¡No quiero que te mueras! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡No quiero que se muera!

Y ambos gritaban, exclamando luego:

—¡No nos oyen! ¡No nos oyen!

—¡Santo ángel de mi guarda! ¿Por qué no me oyen?

Y entretanto, fué cayendo la noche. Las ventanas se iluminaban en el caserío. Allí había padres que besaban á sus hijos. Fueron saliendo las estrellas en el cielo. Diríase que miraban la tragedia de aquellas tres manitas enlazadas que no querían soltarse y se

soltaban! Y las estrellas no podían ayudarles, ¡porque las estrellas son muy frías y están muy altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. Se veían juntos, cara á cara, apretándose las manos, y uno iba á morirse!

—Suelta, hermanito, ya no puedes más; voy á morirme.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Socorro! ¡Auxilio!

—¡Toma! voy á dejarte mi reloj. ¡Toma, hermanito!

Y con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo! ¡Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día en que al fin lo tuvo, no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada. Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que giraban poco á poco las manecitas negras y el instantero que, nerviosamente, corría, corría, sin dar jamás con la salida del estrecho círculo. Y decía:—¡Cuando tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro!—No, pobre niño; no cumples aún siete años, y ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere y te lo deja. ¿Para qué lo quiere? La tumba es muy obscura, y no se puede ver la hora que es.

—¡Toma, hermanito, voy á darte mi reloj; toma, hermanito!

Y las manitas, ya moradas, se aflojaron, y las bocas se dieron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro. Ya se abren las aguas, como se abre la muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. Ya se cierran y sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó á correr en dirección del caserío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían. No digamos ya más: cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta!

¡Oh mañanita de San Juan! Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!

EN EL HIPÓDROMO.

Es imposible separar los ojos de esa larga pista, en donde los caballos de carrera compiten, maravillándonos con sus proezas. Yo sé de muchas damas que han reñido con sus novios, porque éstos, en vez de verlas preferentemente y admirarlas, fijaban su atención en los ardidés de los jockeys y en la traza de los caballos. Y sé, en cambio, de otro amigo mío, que absorto en la contemplación de unas medias azules, perfectamente restiradas, perdió su apuesta por no haber observado, como debía haberlo hecho desde antes, las condiciones en que iba á verificarse la carrera. Pero esta manía hípica no cunde nada más entre los dueños de caballos y los apostadores, ávidos de lucro; se extiende hasta las damas, que también siguen, á favor del antejojo, los episodios y las peripecias de la justa, y que apuestan como nosotros apostamos, y emplean en su conversación los agrios vocablos del idioma hípico, erizado de puntas y consonantes agudísimas. Los galantes y los cortejos van á apostar con las señoras, y ofrecen una caja de guantes ó un estuche de perfumes, en cambio de la pálida camelia que se marchita en los cabellos de la dama ó del coqueto alfiler de oro que detiene los rizos de la nuca. El breve guante de cabritilla paja que aprisiona una mano marfilina, bien vale todos los jarrones de Sèvres que tiene Hildebrand en sus lujosos almacenes, y todas las delicadas miniaturas que traza el pincel-Daudet de Casarín. Yo tengo en el cofre azul de mis recuerdos uno de esos guantes. ¿De quién era? Recuerdo que durante muchos días fué conmigo, guardado en la cartera, y durmió bajo mi almohada por las noches. ¿De quién era? ¡Pobre guante! Ya le faltan dos botones y tiene un pequeñito desgarrón en el dedo meñique. Huele á rubia.

La arena del Hipódromo ha recibido ya también su bautismo de sangre. Pero ¿quién piensa durante la animación de las carreras,